



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 22. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 2 DE JUNIO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

## REVISTA DE LA SEMANA.



ijimos en la revista pasada que el ayuntamiento de Madrid se habia reunido para resolver la importante cuestion de la hora á que debia salir la procesion del Corpus. En efecto, se reunió y acordó, contra lo que esperábamos, la de las cuatro y media de

de Jesús y otra multitud innumerable de comunidades. Acompañaban á la procesion tambien todos los gremios, todas las órdenes militares y civiles, todas las cofradías, todas las clases formando una comitiva inmensa por una carrera cubierta de flores, las cuales al pasar el carro triunfal caian en menuda lluvia sobre él y sobre el numeroso clero que le conducia.

Aun en tiempos mas remotos á este acompañamiento se unian nuevos atractivos. Remontémosnos por ejemplo al siglo XVII y oigamos á los escritores que nos refieren por menudo lo que era entonces una procesion del Corpus en Madrid.

Venia primero la tarasca, especie de dragon, emblema del demonio á quien venció nuestro Redentor en la Cruz y que como vencido asistia á su triunfo. Tenia por principal oficio aquella serpiente ir quitando los sombreros á los descuidados. Seguian á la tarasca los niños desamparados con una pequeña cruz delante y tocando unos pitillos de barro llenos de agua. En pos venian los niños de la Doctrina, coronados de flores, significando los agradecidos. Pasaban despues las comunidades religiosas fijando los ojos en tierra, como las estrellas, dice un escritor, que estando en el cielo miran al suelo. Detrás venia la danza de los gigantes cubiertos de hermosos ropajes de seda, representando la soberbia de ciertos hombres de tan oscuro linaje que no se les ven los ascendientes, y que con los bienes de la tierra creen haber crecido tanto que topan con las nubes.

Luego aparecian las cofradías y archicofradías, cada uno de sus individuos con una hacha de cera encendida en la mano, símbolo del sacrificio que se va consumiendo en la llama, y leccion de cómo se han de consumir los corazones humanos en la del amor divino. A las cofradías seguia generalmente una danza, no de gigantes sino de hombres comunes, vestidos lujosamente de seda y oro por de fuera y de lana por dentro. En seguida iba el clero de todas las parroquias y santuarios, luego la milicia, no muy numerosa á la sazón, hoy ciertamente en mayor y mas lucido número; despues la música y últimamente la custodia y la presidencia de la procesion. No se cubria entonces de tropa la carrera porque ni habia para qué ni para tanto.

Nuestros lectores compararán ahora las procesiones de otro tiempo con las del tiempo actual y dirán cuáles les gustan mas.

La semana ha sido poco fecunda en acontecimientos. Cuéntase que el dia del Corpus debió estallar una gran

conspiracion... no hay que asustarse... una gran conspiracion contra el mirinaque de las mujeres. En las grandes sublevaciones, los sublevados salen casi siempre del seno mismo de la situacion; díganlo si no los que hace tres veranos se sublevaron contra los sombreros de copa alta, pretendiendo sustituirlos con el hongo: los honguistas de entonces eran antiguos sombreristas que habian desertado de sus banderas. Ahora parece que varias señoras, de las mas ámpliamente dotadas por Venus Calipige, desean hacer una revolucion que traiga las cosas á una situacion mas moderada en materia de mirinaques. No hemos visto el jueves grandes síntomas de esa revolucion y tememos que las conspiradoras no lleguen á llevar completamente á cabo su reforma, como no la llevaron tampoco los honguistas, los cuales no pudiendo sostenerse en el poder, digámoslo así, con su hongo, se precipitaron nuevamente de cabeza con mayor furor que nunca en el antiguo sombrero.

Dícese sin embargo que las conspiradoras pertenecen á la clase mas elegante y aristocrática de la sociedad; son como si dijéramos capitanas generales y directoras de las armas de la moda y de la elegancia: lo cual es mucho para que puedan arrastrar tras sí al campo del Retiro, del Prado y de la Fuente Castellana á la turba multa de las que siguen las banderas de la moderna diosa. Imparciales nosotros en esta cuestion, daremos cuenta de lo que ocurra, aunque no se nos comunique el programa.

Volvió la córte de Aranjuez el dia señalado y siguen los preparativos para el nuevo viaje. Antes supónese que se cerrará la legislatura, que no está sino suspendida.

Don Francisco Tubino ha publicado una Memoria sobre los códices árabes que ha recogido durante su permanencia en Africa, códices que ha cedido á la Universidad de Sevilla. Elogiamos el trabajo del señor Tubino y celebráramos que la Universidad publicase los códices no dejándolos encerrados en el archivo donde pueden ser de poca utilidad.

Toda la prensa política dice que el señor ministro de Marina le ha enviado un ejemplar de la Memoria sobre el eclipse de sol del 18 de julio de 1860, por don Francisco de Paula Marquez, capitán de navío y director del Observatorio de San Fernando. A nosotros no nos ha enviado nada el señor ministro de Marina, pero no por eso hemos dejado de leer la Memoria, la cual es un trabajo perfecto que honra muchísimo al señor Marquez, y pone al Observatorio, de que es director, á una gran

la tarde, lo cual no ha evitado á lo menos por este año el tordo de costumbre. No porque se haya necesitado; pues el dia estuvo cubierto y poco caluroso; pero como el tal quitasol se coloca con sesenta y setenta horas de anticipacion, en estas horas y en el clima de Madrid hay tiempo para experimentar los efectos de todas las estaciones del año.

Así, pues, desde el año de gracia de 1861 se comienza una nueva era, la era en que la procesion del Corpus sale á las cuatro y media de la tarde, en vez de salir á las doce en punto de la mañana. En otro tiempo estas procesiones en Madrid estaban mas lucidas; asistian todas las comunidades religiosas, y era de ver la diversidad de colores y la vistosa combinacion con que en la procesion se casaban, formando un místico ramillete con mucho perfume de santidad. Los padres de la Merced venian con sus hábitos blancos, seguidos ó tal vez interpolados con los capuchinos ó los gilitos, que se distinguían por su pardo ropaje, como se distinguen las almendras garapiñadas de las blancas; los padres de San Felipe Neri y los de la Victoria vestian de negro; y los dominicos eran un término medio entre la nieve de la Merced y el azabache de San Felipe, ó mas bien eran una union simpática de ambos colores, pues llevaban la túnica blanca y la capa negra. Seguian á estos los padres franciscos con sus hábitos grises, los trinitarios, los carmelitas calzados y descalzos, los de la Compañía

de altura entre los demás de Europa. ¡Qué diferencia entre el esmero y conocimientos científicos con que está escrita esta Memoria, y las observaciones erróneas ó vulgares publicadas sobre el mismo eclipse en periódicos oficiales!

Algo podríamos hablar sobre la historia de la impresión de esa Memoria: pero nos limitaremos, por varias consideraciones, á deplorar que se hayan tirado tan pocos ejemplares, que ni uno solo puede espenderse al público, habiendo apenas para las personas á quienes oficialmente debe remitirse. Es un trabajo acabado, un trabajo que honra al país, y sin embargo el público se queda en ayunas.

Decididamente el teatro de la Opera ha hecho una bonísima adquisición en Mad. Lagrange. No solamente es una cantante de mérito extraordinario, sino una actriz que siente y sabe comunicar al público sus sentimientos. El teatro se llena la noche que ella canta.

El Circo nos ha dado tres zarzuelas en un acto, que han sido como tres píldoras para conciliar el sueño antes de retirarse á casa. El jueves sin embargo se estrenó una en dos actos, que obtuvo un éxito regular. La Zarzuela sigue preparando algunas novedades para despedirse por esta temporada con lucimiento.

Parece que se han hallado otras dos coronas góticas en Guadamur; pero estas estaban enteras, no en pequeños fragmentos como las que arregladas, restauradas y recompuestas por el señor Navarro, están hoy en el museo de Cluny. Las han descubierto dos labriegos, los cuales se presentaron á la reina en Aranjuez á ofrecerle el hallazgo. Las coronas son votivas con inscripciones alrededor como las otras. El señor don Antonio Flores fue el encargado de explorar el ánimo de los labriegos respecto á la recompensa: no sabemos cuál habrá sido esta. A juzgar por lo que de ellas dicen ciertos periódicos, por su importancia arqueológica unida á su precio intrínseco, valdrían unos veinte mil duros.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## EL CORPUS EN GRANADA.

### I.

No bien purificada por la conquista la córte de Boabdil el Chico, esmeróse en reparar con testimonios de piedad acrisolada, el mucho tiempo que yaciera sumida en los errores del islamismo. Secundando las intenciones de sus católicos espugnadores, desde los primeros años de su feliz restauración, celebró con magnífica pompa y sin perdonar gasto alguno, según terminante disposición de aquellos monarcas, la fiesta mas sublime del cristianismo, el triunfo del amor por excelencia, ese aniversario de la institución mas inefable, que, si así puede decirse, en espresion de uno de sus panegiristas granadinos (1), ha sido el último y supremo esfuerzo del amor del Verbo encarnado hácia el linaje humano.

«La verdadera religion es sin duda la base fundamental de las sociedades: este principio reconocido por todos los filósofos del mundo, se halla constantemente corroborado por la esperiencia de los pueblos. Sin el freno de la religion no hay dique en las pasiones; sin el reconocimiento de un Ser Supremo que dirige la complicada máquina del universo, que juzga de los actos de los hombres, y según ellos ha de premiar al justo, al paso que es inflexible en su castigo con el malvado, ni hay sociedad posible, ni los mortales podrian ser nunca dichosos en un mundo en que, por desgracia, parece que se proporcionan mutuamente el mal. La religion es la felicidad del bueno, la esperanza del culpado, el consuelo de todos. Los hombres no se perdonan nunca: Dios los perdona siempre, con solo ver una lágrima que salga del corazón. Los gobiernos deben procurar por lo tanto que la religion sea reconocida y venerada de todos, celebrando sus misterios con la solemnidad que los mismos requieren, y procurando escitar la devoción de los súbditos con aquellos actos que mas animen su decaído espíritu. La virtud suele cansarse; el entusiasmo se apaga. La repetición pues de estos actos, y la pública ostensión de los misterios que celebran, hace que el pecador se acuerde de su culpa, y que la borre con pruebas espiatorias.

¿Y qué institución hay mas simpática, qué misterio mas adorable en la religion del Crucificado que el del Sacramento de la Eucaristía, «donde el amor de Jesús nos dejó la demostración mas espresiva que podía hacerse de su infinita ternura y benevolencia para con nosotros, y el cumplimiento como por excelencia de la palabra de este Dios Salvador, cuando bajo el emblema de la Sabiduría dijo que sus delicias eran habitar con los hombres? En sus templos es el objeto de nuestras adoraciones, la víctima de nuestros sacrificios, y el mantenimiento ó comida de nuestras almas; en las ciudades es la gloria de nuestras fiestas, para las cuales, partiendo con la tierra su trono, desciende y camina en pompa al frente de su pueblo; por última fineza en el lecho del

(1) Traducimos las oportunas frases del M. I. S. D. Aureliano Fernandez Guerra y del Dr. D. Mariano de Pina en el programa de las fiestas de aquella ciudad, años de 1817 y 1846.

dolor se constituye nuestro único consuelo, y viene á buscarnos y fortalecernos para el acerbo trance de la muerte.

Hé aquí por qué los pueblos católicos, y entre los católicos el de Granada, imbuido de tan escelsas máximas, viene cual otro ninguno consagrando de año en año, obsequios extraordinarios y festejos los mas grandiosos al triunfo del Señor sacramentado. Blasonen en buen hora su primacía en ese culto, Sevilla, Barcelona, Valencia y otras poblaciones, cuyos regocijos durante el Corpus describimos hace tres años en este mismo semanario; pero ninguna de seguro escede ni iguala las magnificencias con que Granada, la odalisca de los jardines, rinde homenaje en el bello mes de las flores al Soberano universal de la creación.

En otros sitios, fuera de la solemnidad religiosa, y de la animación natural á las circunstancias en época tan risueña del año, apenas se notan señales de inusitada alegría: la procesion mas ó menos lucida, á veces con agregaciones impropias si no indecorosas, colgaduras y enramadas en la carrera, lujo de trajes en los concurrentes, músicas militares, y algunas danzas provinciales; hé aquí generalmente lo que hace el gasto de la función. No le falta á la ciudad morisca su vistosa procesion concurrida de todas las parroquias rurales de la vega y de la sierra, sin contar las de intramuros, cada una con sus pendones y cruces muy adornadas, y de gran número de cofradías, agremiaciones y notables, que tienen á mucha honra acompañar á S. D. M., llevándose el Sacramento en una custodia muy buena, si bien no tan preciosa como la que destruyeron los franceses en 1808 (1), regalo del piadoso arzobispo don Juan Manuel de Moscoso y Peralta, el mismo que hizo la célebre capilla de San Miguel, asombro de la Iglesia Metropolitana. Pero Granada no se limita á este solo obsequio; antes desplegando los grandes recursos á que otras poblaciones de mayores arbitrios suelen apelar en señaladas ocasiones, verifica anualmente lo que las últimas solo por extraordinario, en las entradas de reyes, juras, proclamaciones y celebracion de victorias.

Pocas ciudades sin duda, observa otro cronista, consagran al alto sacramento de la Eucaristía iguales víctimas de amor como les sacrifica Granada, pues además de las efusiones de su ardiente fe en el ornato de tabernáculos, todos los años adorna las plazas de Viva-rambla y Nueva, sitios principales de la estacion por donde transita el mayor de los milagros en su solemne día, á fuerza de gastos cuantiosos, eligiendo anualmente comisarios de los individuos de su respetable cuerpo para el desempeño amoroso de tan católico designio.

Muy de antemano dicha plaza mayor ó de Viva-rambla, que forma un dilatado paralelogramo, ve elevarse por sus cuatro ángulos una galería corrida de varia arquitectura, unas veces simulando severos claustros bizantinos, otras airoas lonjas ojivales, ya un pórtico del renacimiento, ya un perístilo antiguo ó un atrio á la moderna. Arreglado al gusto dominante, erigese en el centro del espacio un obelisco de dos ó mas cuerpos, con altura media de diez y seis á veinte varas, donde resaltan en primer término los emblemas, alegorias, y un simulacro del sacramento del altar. Así éste como las galerías á cargo del municipio, son decoradas de una manera elegantísima con pinturas y trofeos, leyendas y geroglíficos, pabellones, estatuas, arañas, espejos, turiferarios, jarrones y guirnalda de flores. Al paso que la *vuelta interior*, ó sea la parte interna del cobertizo, ostenta sus arreos y primores bajo hermosos transparentes durante el día, y á la luz de miles de luces por la noche; la *vuelta exterior* no encanta menos por sus bellas perspectivas, y los juegos y combinaciones de su caprichosa decoración.

Es de saber que de muy antiguo suele darse á esta decoración un carácter sistemático, siguiendo el *pensamiento* que idean las personas de mas ingenio, trazando un verdadero poema del Sacramento sobre pasajes correspondientes de la Sagrada Escritura, en odas ú otros metros, y á su vez pintores de gran nombradía desarrollan en el lienzo los mismos temas ó pensamientos. Esta reciprocidad de tareas, bien así como el noble estímulo de su ornato y objeto, engendra una emulación que viene á convertir estas representaciones en un certámen á la vez artístico y literario, certámen que ya en su tiempo selló la fama de los Canos, Moyas, y otros profesores de su escuela (2), habiendo corrido con los trozos y poemas, sugetos eminentes en las letras, en la política, en el clero, y aun en la magistratura, como Martínez de la Rosa, el cardenal de Toledo, el actual marqués de Gerona, el regente de la audiencia de Cataluña don Nicolás de Peñalver, y el ya citado don Mariano de Pina, ilustración del foro granadino. Como una de las leyes de la belleza es el contraste, y como toda cosa sería admitir un lado gracioso, juntamente con las graves figuraciones del Viejo y del Nuevo Testamento, ha prevalecido la costumbre de fijar en el exterior de la galería, para

(1) Custodia, dice en otra de las descripciones, D. Mariano Perez Bueno, que estaba labrada del oro mas puro, y tan sembrada de costisimas piedras, que dudaba la vista en qué materia se hallaban implantadas, acreditándose en esto su valor sumo.

(2) Las fiestas del Corpus celebradas entonces con una pompa memorable en toda España, eran por lo comun la palestra donde median sus esfuerzos nuestros artistas. Juan de Sevilla venció en ellas al orgulloso Atanasio, y fijó definitivamente la superioridad de su nombre (D. José de Castro y Orozco, *Memor. histórica de las B. A. de Granada*, 1859.)

diversión del pueblo, escenas históricas, vulgares ó de costumbres, llamadas *carocas*, con alusiones chisnadas con gracejo por los mismos ingenios, ejecutados sacramentado, presta á su vez ancho campo á originales invenciones, y conceptos los mas peregrinos, si bien ajustados á las formas de manifestación mas genuinas y ortodoxas, pues otra cosa no consienten las severas religiosidad del pueblo que los costea y de las ilustradas personas que los dirigen. Para legitimar nuestros asersegun consta del relato ó memoria que igualmente suele

### II.

Ya en 1767 siendo comisarios de la fiesta el Veinticuatro don Juan de Trillo y Figueroa, y el jurado don Felipe Lopez de Lara, adornóse dicha plaza desde una empalizada que formaba arco en la boca-calle de la Pescadería, con elegantes corredores adornados de veinte y cuatro pinturas de pasajes de ambos Testamentos y cartelones esplicativos, según la idea que dió aquel año don Juan Pedro Marujan y Ceron. El altar del centro, destinado á la esposición del Santísimo, tenia alrededor un jardín artificial, con su fuente copiada de la célebre de los Leones, y superada de uno de estos animales que llevaba corona y cetro de oro, aludiendo respectivamente al leon de Judá y á los santos varones del apostolado. En el testero y altar principal, así como á derecha é izquierda de la empalizada, veíanse de pincel la Cena del Señor con sus discípulos, el milagro de las bodas de Caná y la conversion de la Samaritana. Sobre la fuente llamada pilar del Toro, ocupaba otro altarcillo la imagen de la Virgen zaragozana, y en la Pescadería habia un retablo con San Pedro de pontifical, llevando empuñadas las llaves del cielo, y el cáliz y la hostia consagrados. En la función lucian entonces la tarasca, símbolo del dragon infernal, y siete gigantes, remedo de varios emperadores hostiles al cristianismo: Nerón, Calígula, Trajano, Tiberio, etc.

El año de 1804, dice la correspondiente memoria ó reseña, vióse la plaza de Viva-rambla tan decorada de adorno y elegante aspecto, que dudaron sus vecinos si se habia transformado su mansion en los jardines Hibleos y en las triunfales entradas de los emperadores romanos. Levantáronse en su dilatado ámbito cuatro donosas calles de seis varas de ancho, repartida su longitud angular en cincuenta y un arcos de mas de seis varas de alto, labrados con la arquitectura mas delicada y moderna. La vuelta exterior veíase pintada hermosamente al fresco, representando sus paisajes las aventuras de don Quijote, no sin alusión á la época, y remataba en una vistosa decoración. Habia tambien entre los arranques de los arcos varios bustos semejanando mármol, de personajes de la antigüedad. La vuelta interior era de lienzos en bastidores, pintados igualmente al fresco, que simulaban un régio salon, realizado con bellas pinturas, dibujos y trofeos. De trecho en trecho habia colgados veinte y cuatro cuadros al óleo, y al temple, conteniendo geroglíficos del augusto Sacramento y sus leyendas, promediados de espejos de vestir y doradas cornucopias, las que mantenian sendos candeleros en figura de azucenas, y del cerramiento de las calles pendían muchas arañas de cristal. El altar de en medio formaba un tabernáculo cuadrangular de diez varas en cuadro, y mas de diez y seis de elevación; toda su fábrica de la mas graciosa arquitectura en pedestales, columnas, arcos y demás, ostentando en su centro el sol eucarístico en una magnífica custodia sobre un altar de muy linda vista. Corria al pie del tabernáculo un jardín frondoso, compuesto de claros fuentes, arcos de ramaje y variadas flores. La plaza Nueva no desmentia en su adorno la magnificencia de la anterior, y entrambas por la noche fueron alumbradas con tantas luces, que competia su brillantez con la del día.

Suspendida la función por seis años, durante la acerba aunque gloriosa guerra de la Independencia, resta-

(1) A semejante costumbre aluden en las siguientes coplas uno de los cronistas del Corpus, año de 1767:

Yo no pienso en describir de la plaza el aparato *caroquero*, ni sus fondos, ni sus columnas y arcos; pues del tren de la *Caroca* consta lo diferenciado en colgadura ó bosqueje verde, azul y colorado, y con poca diferencia (pues es poca la que hallamos en pasados y presentes), lo presente es lo pasado. Con que de la empalizada la vuelta, con su soldado y todos sus farfalaes, puntas á el aire y flecados, de ese cuento me parece no me toca á mi el relato. La empalizada y altares, caja la consideramos de la joya de la idea, textos y versificado; y como es sola la joya el fruto de mi trabajo, la joya solo describo y de la caja no hablo etc.

blicé con mayor decoro si cabe, en el de 1815, poniéndose nuevamente galerías de arquitectura y ramaje, con sus entarimados y galanos pabellones para orquesta, y un gran monumento central de diez y siete varas, en cuyos cuerpos, uno afianzado en pilastras del orden composito, donde campeaban los cuatro elementos y las partes del mundo, y cobijando un alto risco, en el que el profeta Elías recogió el pan subcinericio; y el otro representaba recibir del Angel el pan subcinericio; y el otro figuraba en pequeño el suntuoso templo de Salomón; con sus columnas y contrapilastras de dorados capiteles; desollando entre balastradas y sobre una gradería cuadrada, la mesa de los panes de proposición, servida por dos sacerdotes de un rebanco de diez palmas, adornado de guirnaldas, flámulas y gallardetes, en cuyos ángulos cuatro arbotantes, reunidos en el centro, servían de sosten á una voluminosa granada entrecabida, y á una doncella encima que figuraba la Fe. Hacíase así mismo en la circunferencia un vallado de ramaje festoneado de verdes arcos, al pié del cual sobre mullida alfombra de yerbas y plantas, cautivaban la atención varias figuras, máquinas, bullidores y juegos de agua. La soberbia iluminación de cerca de tres mil luces, la numerosa concurrencia de aquel vecindario y pueblos inmediatos, la universal alegría y comun alborozo en toda clase de gentes, el buen orden, union y tranquilidad que se guardó entre tanta muchedumbre, dice el panegirista fray Antonio Cervian, agustino, al paso que redoblaba la belleza y magestad de tan pasmosa decoración, manifestaban altamente que todos celebraban con el gozoso entusiasmo la restauracion de esta solemne fiesta, y que penetrados de unos mismos pensamientos y afectos, bendecían el dia feliz en que los padres de la patria la decretaron.

Desde entonces, lejos de amenguar, ha ido creciendo cada año el esmero de los granadinos en tan singulares obsequios. Ya no se limitan al solo adorno de la Vivaramba: el pórtico de la catedral con la plazuela dicha de las Pasiegas, la plaza Nueva, la puerta Real y calle de los Reyes Católicos, la plazuela del Carmen y las nuevas Casas Capitulares, la Carrera y paseos del Genil, las fuentes de la Bomba y del Campillo; en suma, los sitios mas públicos y notables de la ciudad, participan de la ornamentacion. Elévanse en unos puntos arcos de triunfo, templetos y columnatas; en otros cascadas, surtidores, verjas y floridos setos: las gasas y tisúes alternan con el oro y el terciopelo; los recursos del arte con las producciones naturales. El altar monumental de la plaza, segun se figura en el adjunto grabado, sobre una base octagonal de treinta piés, mide sesenta y seis de altura; dos escaleras imitando mármol, conducen al plano del entarimado, ceñido de balaustres corpóreos, y dominado por cuatro grandes estatuas de los evangelistas y multitud de brasilerillos dorados, con flámulas de luz natural y bengalas por la noche. Constituye el segundo cuerpo una zocalada de pilastras y paramentos adosados, y en ella grandes cuadros que contienen asuntos místicos, ostentándose en las pilastras trofeos de armas é insignias alegóricas del Antiguo y Nuevo Testamento, y otra balastrada interrumpida por pedestales con ocho figuras que representan igual número de mancebos, sosteniendo grandes candelabros para alumbrar al Santísimo; termina este segundo cuerpo, concluyendo la galería de forma circular, con la escalinata. Consta el tercer cuerpo de diez y seis columnas con basamentos y chapiteles de bulto; en el centro, y sostenida por un grupo de ángeles, está colocada la custodia; sobre la cornisa, que exterior é interiormente es corpórea, descansa otra galería orlada de luces, de la que arranca una cúpula, y de ella hay pendientes cuatro grandes y vistosas lámparas. El cuarto cuerpo es también de forma circular, y se compone de arcos, pilastras y conos, cubriendo los arcos lienzos transparentes, donde hay pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y sobre aquellos elévase la cúpula coronada por una cruz, y ornada de estrellas formadas por luces de colores. El orden arquitectónico del monumento, es greco-romano; su forma corpórea; su colorido el de mármol blanco, y dorados todos sus detalles, como cornisas, chapiteles y adornos.

En la vuelta exterior domina la propia arquitectura. Consta de cuarenta arcos dorados, con colgaduras, y sesenta y dos columnas de orden dórico, corpóreas en su mayor parte; la base de los primeros es de veinte piés, por treinta de altura. En el cornisamento que va orlado por tres cordones de luces de colores, y matizado con las iniciales de Fernando, Isabel y Granada, descansa verticalmente sobre cada columna la estatua de un mancebo que sustenta un candelabro, y en la misma línea, sobre cada pilastra, las de los apóstoles, profetas y reyes de ambos Testamentos. Los arcos hacen una aureola de vasos de colores que aumenta el brillo de la iluminación, y en el centro de aquellos van colocados cuadros con los paisajes y asuntos de capricho, conocidos bajo el nombre de *carocas*. La arcada de los cuatro lados del paralelogramo, está interrumpida en su centro por un pórtico de mayor elevacion, que abre paso á la plazuela de la plaza, siendo el gusto arquitectónico de estos pórticos el mismo que reina en el conjunto del adorno, estando además embellecidos por escenas místicas y alegóricas, representadas en alto relieve, y coro-

nados finalmente por un gran fronton sobre el que descansan las Tablas de la Ley, sostenidas por las Virtudes Cardinales.

La vuelta interior guarda el mismo orden, aunque sus detalles son tan solo de perspectiva. De las pilastras convenientemente iluminadas, cuelgan pinturas religiosas, las mismas que es costumbre ofrecer al certamen; y en tarjetones moldurados, poesías á ellas alusivas. Sobre la calle que forman ambas hiladas, hay un toldo figurando bonitos artesonados, y en la parte respectiva á la luz de cada arco, otros tantos cuadros circulares, que representan escenas bíblicas, viéndose además en combinacion guirnaldas de flores y graciosas lámparas. Alrededor del tabernáculo central cautivan al público los acostumbrados surtidores y arroyos corriendo entre flores, debajo de verdes arcos de mirto y arrayan; y no contribuyen poco á la general diversion cuatro bandas de música, situadas en sus respectivas tribunas. Esta diversion sube de punto por la noche, cuando al través de los seis mil vasitos, flámulas, lámparas y candelabros que iluminan la plaza, rompen los fuegos artificiales, disparados de dos grandes castillos, cuyas hermosas vistas de combinacion y trasformacion entre voladores, palmeras, ruedas, lluvias, cascadas, son de lo mejor que en su clase pueda ofrecer la pirotecnia.

De pocos años á esta parte acrece aun el prestigio de estas diversiones, la celebracion simultánea de una feria que dura tres dias, desplegándose en ella notable grandiosidad. Los bonitos paseos del Salon y del Violon, y todo el plano del rio Genil, sirven de real á esa vasta esposicion de artefactos, menudencias, bisuterías y frutos de todo linaje, que alternan con la variedad de reses y ganados suministrados por la provincia, y para cuyo fomento el dia último de la esposicion se adjudican algunos premios. En la estension de los arrecifes laterales del primer paseo, véanse numerosas tiendas de campaña, que sirven para la venta de géneros y efectos; delante del pretil del rio Darro, entre los puentes del Genil y de la Virgen, hay multitud de buñolerías y cocinas al aire libre; el Humilladero está lleno de esparterías, con los tenduchos de guarnicioneros y cordeleros; y por fin, á la izquierda del paseo del Violon, improvisase un campamento de cantinas y puestos de comestibles, donde la gente menuda se refocila á su sabor con aquella cháchara y gracejo, propios solo del pueblo andaluz. Los ganados se distribuyen tambien en grupos; el caballo y yeguar por el arrecife derecho del Violon, desde el ya dicho puente del Genil hasta la Alberca de los caballos; el mular desde el mismo puente, por los Basiliros hasta el callejon del Pretorio; el asnar en el propio callejon; el de cerda en las avenidas de la Alberca de los caballos hasta el rio; el vacuno en el álveo del rio Genil frente á la casa Matadero, y en las tierras inmediatas cuando los dueños lo permiten; el cabrío en la línea de los caminos de Armilla, Zubia y Cajar, y el lanar en las alamedas de la ciudad y posesiones colindantes. Pacen además en la dehesa llamada Lancha de Ceres, propia del comun, todos los que de antemano han sido registrados en la secretaría municipal. El año de 1859 se adjudicaron los siete premios siguientes: uno de 2,000 rs. al mejor caballo español, entero, de casta y raza, con las convenientes dotes para sementar; otro de 1,000 á un caballo de silla de iguales condiciones y bien arrendado; la misma cantidad á una yegua de vientre, española, de dos dedos arriba, de cuatro á seis años, y demás circunstancias espresadas; 640 rs. al toro y á la vaca, nacidos en la provincia, de mas libras, cuatro años y mejores proporciones; y 320 á dos lotes de seis carneros y seis ovejas merinas, nativas de la provincia, blancos ó negros, de una misma señal, y de condiciones propias á la mejora de la casta.

III.

Falta solo describir el orden ceremonial de los festejos, para dar justa idea de lo que es en nuestros dias la cristiana y plausible efusion de Granada durante el Corpus. Ya el lunes antes, al mediodia, el disparo de multitud de palmas reales y cohetes anuncia el acto de la pública, que consiste en salir de las Casas Consistoriales una brillante comitiva para trazar, recorriéndolo, el curso de la procesion. Abre la marcha una escuadra de gastadores de tropa, con su banda de música, tambores y trompetas; sigue en pos un carro triunfal, tirado de seis magníficos bridones, en el que, sobre una elegante base, descansa la granada emblemática de tamaño descomunal, superada por la imagen de la Fe, entre grupos de ángeles, guirnaldas y ramilletes, rodeando el carro doce labriegos que llevan canastillos con flores y varios instrumentos de agricultura, y ejecutan caprichosas danzas en cada estacion ó descanso, mientras los niños que hacen de ángeles, van arrojando sobre la concurrencia flores, versos, palomas; y cierra la marcha un piquete de alguno de los cuerpos de la guarnicion. El dia siguiente el Ayuntamiento, convocadas en el salon principal de sus sesiones una comision de la Academia de Bellas Artes y otra de la seccion de literatura de la Academia del Liceo, procede al acto público y solemne de la adjudicacion de premios á los poetas individuos de ambas Academias, y artistas interesados en el certamen de obras que luego deben figurar en la esposicion de la plaza; y segun las calificaciones hechas en juicio pré-

vio, distribuye á los agraciados medallas de oro, plata y bronce, ó simples cartas de aprecio con mencion honorífica. Consecutivamente la seccion directiva de los festejos, precedida de una banda de música, diríjese á la Vivaramba para fijar en los cuadros y versos presentados, tarjetas indicativas de la clase de premio obtenido por sus autores, dando la última mano en seguida á las restantes obras de adorno y decoracion, para la entrega de dicha plaza al cuerpo municipal. Verifícase esta añeja ceremonia el miércoles, víspera del Corpus, siendo anunciada por un repique general de campanas y disparos de morteretes. A las doce sale el Ayuntamiento en forma consistorial, con su guardia y sus maceros, y llegando á la plaza es recibido por la comision antedicha, la cual le acompaña á recorrer las estaciones, en que están ya puestos los respectivos altares. En aquel momento las cuatro músicas, desde sus tribunas, tocan la marcha real; brotan del jardin las fuentes y los surtidores; dispáranse desde las galerías ruidosos cohetes y petardos, y en todos los ángulos de aquel espacio suéltanse multitud de pajarillos que llevan al cuello suspendidas de cintas, tarjetas para dulces (1) y poesías alusivas. Toda la tarde continúan las músicas, y por la noche una brillante iluminacion solemneza la *velada*, cuyo comienzo señala otro repique de campanas de la catedral é iglesias parroquiales.

Apenas raya el ansiado dia, nuevos disparos y campaneos difunden el alborozo por la ciudad. Solicito el vecindario de llenar ante todo sus religiosos deberes, arrójase á la calle y acude á los templos, donde con la magnífica pompa que es de suponer, se celebran los divinos oficios. Al dar las diez sale de la iglesia metropolitana, recorriendo la estacion señalada, que cubren ya las tropas de todas armas, la procesion general, presidida por el arzobispo y la municipalidad, cuyo serio y distinguido acompañamiento se compone de todas las dignidades, clero, autoridades, corporaciones, funcionarios públicos, hermandades y cofradías, con ricos altares portátiles, y niños vestidos de ángeles, gremios, pobres asilados, y demás establecimientos de beneficencia; y marcha en pos el carro triunfal, de que arribamos mérito, cuyos ángeles llevan en las manos incensarios y ramilletes de flores.

Asi en este dia, como en los demás de la octava, siguen las músicas y veladas, las serenatas é iluminaciones; en varios sitios hay árboles de cucaña con premios; los teatros dan funciones selectas, y regularmente dándose tambien corridas en la plaza de toros. A su vez la real Sociedad Económica celebra un acto público para conferir recompensas al mérito y á la virtud; distribúyense socorros en las parroquias; y por último, el Ayuntamiento corona estas recomendables demostraciones con la extraccion de una rifa á favor de las clases indigentes, en lotes suministrados por el sentimiento caritativo de los nobles hijos de Granada.

(Se concluirá.)

JOSÉ PUIGGARÍ.

LAS MISIONES ESPAÑOLAS

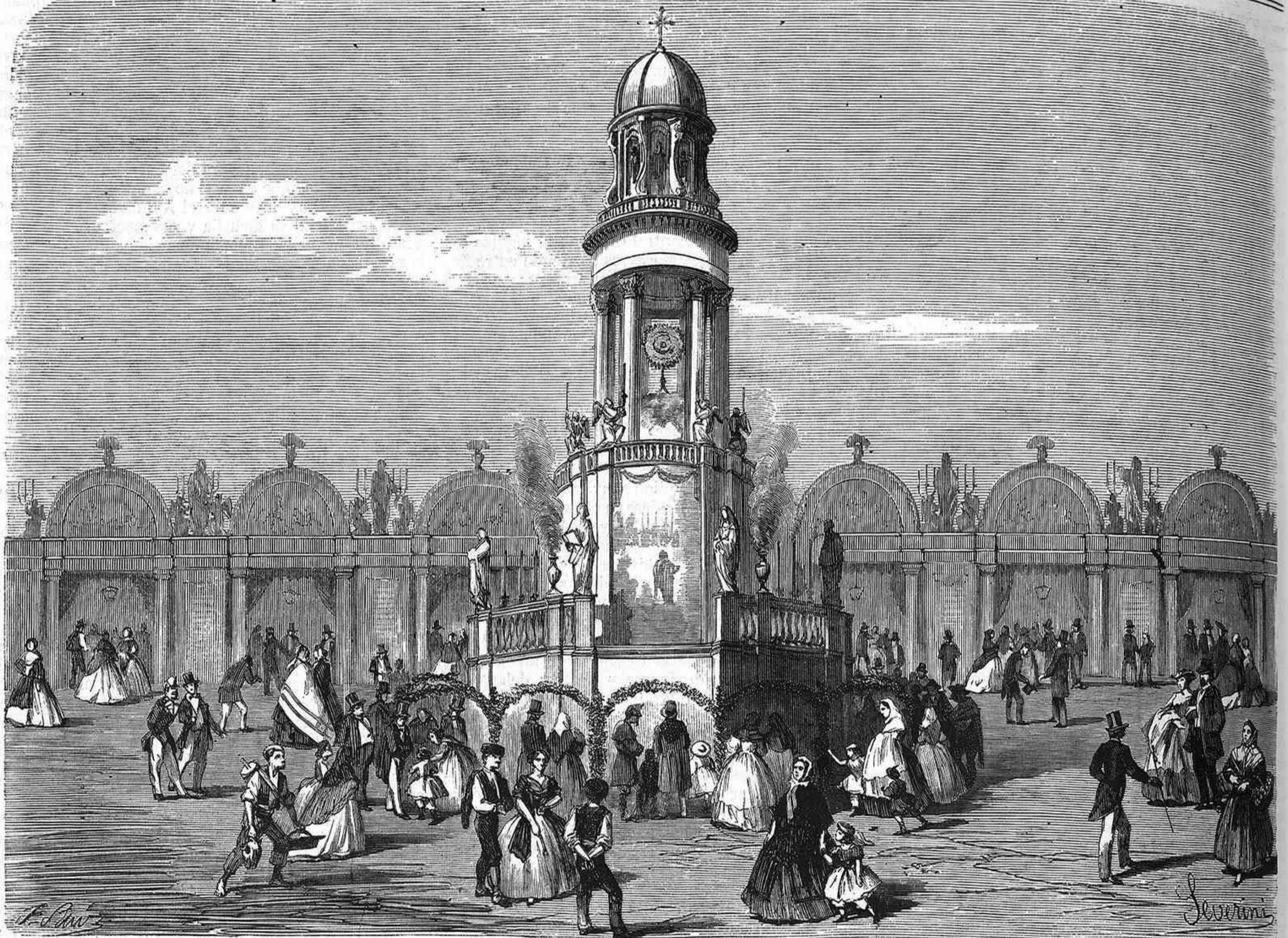
DE LA AUSTRALIA, SU IMPORTANCIA Y SUS ADELANTOS.

I.

Verdaderamente no todos los grandes hechos se deben en nuestro siglo á los adelantos de las ciencias, á las combinaciones de la política y á la fuerza de las armas. Que se dijese que en estos tiempos de protervas ambiciones y de continuos disturbios, se hacen inapreciables conquistas y se alcanzan inestimables tesoros por medio de las virtudes evangélicas, no se creería. Si añadimos que estas virtudes son puestas en práctica lejos de Europa y de todos los países cultos, en medio de las selvas, esponiéndose al trato feroz de los salvajes y sin interesadas miras de logros mundanales; todavía nos admiraríamos mas de tanta abnegacion y grandeza de alma. Y sin embargo, nada mas cierto. Existen hombres arrostrando mil y mil penalidades, al otro lado de los mares, apartados de hombres de igual civilizacion y creencias; existen hombres, españoles como nosotros, escasos en número, en medio de las hordas salvajes de la Australia con el fin heroico de civilizar y atraer á nuestra santa religion, centenares de hombres incul-tos, bárbaros, sin el menor conocimiento de divinidad alguna, antropófagos por necesidad y por instinto, desnudos y hambrientos, sin medio alguno de decorosa subsistencia.

Cuando se contemplan hoy recogidos en derredor de la cruz á numerosos pueblos salvajes, que antes solo se encontraban para batirse y devorarse mutuamente, cuando se ve hoy militar bajo la bandera del Catolicismo, ligadas entre sí por los dulces vínculos de la caridad cristiana, las tribus feroces de la Australia, no sabe qué admirarse mas, si el valor de los misioneros españoles que dejaron el bienestar de la vida social para convertir tan remotos pueblos, ó el acierto que corona los hechos de

(1) Llámense tarjetas para dulces una especie de bonos, con los cuales el portador puede recoger de cualquier confitería cierta cantidad de golosinas que satisface el ayuntamiento ó persona costeadora del obsequio.



MONUMENTO Y DECORACION DE LA BIB-RAMBLA DE GRANADA, EN LA FESTIVIDAD DEL CORPUS DEL AÑO 1859.

una docena de hombres sin mas recursos que el ejemplo, la persuacion, la caridad y la fe de que rebotan.

No otras dotes llevaban consigo, hace pocos años, cuando pasaron á la Australia, los modestísimos cuanto eminentes fray José Serra y fray Rosendo Salvado, que solicitaron del Santo Padre la peligrosa tarea de recorrer aquella parte del mundo con el piadoso objeto de civilizar y convertir los salvajes. Muchos de nuestros lectores recordarán acaso la tierna despedida que se hizo en dos diferentes veces desde el puerto de Barcelona, á cada uno de aquellos virtuosos misioneros, que puestos al frente de las diócesis de Pert y de Nueva Victoria, han cambiado en pocos años, no sin grandes fatigas y trabajos, el estado moral y social de los habitantes de la Australia.

Españoles son, como nosotros, los misioneros que sufriendo todas las penalidades de aquellos climas, y espuestos á la barbarie de los indígenas; han llevado la civilizacion á tan lejanos países. ¡Qué mucho, pues, nos interesemos por su suerte, y pretendamos dar á conocer la importancia de sus trabajos, cuando el indisputable mérito de sus hechos, recae tambien sobre la España, sobre este país que cuenta tan denodados y virtuosos hijos!

La mision española de Nueva-Nursia, de que presentamos una interesante vista á nuestros lectores, se encuentra en tan diverso estado desde la llegada de nuestros misioneros, que si no hubiesen observado paulatinamente el cambio dichoso que ha alcanzado el país, los indígenas mismos no lo conocerian.

A la llegada del Ilmo. padre fray Rosendo Salvado, las costumbres de los salvajes eran deplorablemente bárbaras. Al internarse entre aquellos espesos bosques, solo encontraban los misioneros unos seres que mas tenian de bestias que de hombres; salvajes que se mataban para comerse, llegando al extremo de desenterrar los muertos aun despues de tres dias de sepultados para servir-

les de pasto; maridos que mataban por capricho á sus mujeres; madres desnaturalizadas que se deshacian de sus hijas, sin alegar mas razon que el excesivo número de mujeres; tribus enteras que huian de los europeos como de una fiera; hombres, en fin, que no conocian el trabajo y no tenian culto alguno, no adorando ninguna deidad ni verdadera ni falsa. ¡Tal era el

miserable y embrutecido estado de aquellos infelices! Cuando fray Rosendo Salvado supo atraerles á su lado, despues de algun tiempo, cuando ya depuesto el recelo que les infundió la vista de dos ó tres hombres blancos, pudieron los misioneros aprender su idioma y manifestarles la diferente cultura á que podrian aspirar viviendo de otro modo; entonces tuvieron nuestros misioneros verdadera idea de las sanguinarias costumbres de aquellas gentes. He aquí lo que les refirió uno de los primeros salvajes convertidos, llamado Bigli-goro:

«Estábamos en el invierno, dijo, cuando habiendo llovido á mares durante seis dias sin parar, y haciendo un frio escosivo, no nos fue dable encontrar absolutamente nada que comer. Eramos cuatro familias que íbamos á perecer de hambre. En tan apurado trance, uno de la comitiva cogió su *dauak* ó pedazo de madera vuelto muy duro por la accion del fuego, y á traicion dió un golpe tan fuerte en la cabeza á mi hermano, que cayó al suelo sin sentidos. Inmediatamente la cogieron, y entera, y semi-viva aun, la pusieron sobre un gran fuego, de donde la sacaron todavía no bien asada, repartiéndola entre todos. Como yo estaba hambriento lo mismo que los demás, comí la porcion que me tocó, y aunque la sangre que me corría por la cara y manos era sangre de una hermana mia, y huérfana de mas á mas, con todo me lo hizo olvidar el hambre rabiosa que me aquejaba.»

No obstante, en pocos años todo ha cambiado, merced al celo de los misioneros. Alimentábanse además los salvajes con kangarús, lagartos, sapos, culebras é inmundos reptiles; desconocian del todo el cultivo de la tierra, y andaban completamente desnudos, por supuesto sin ruborizarse, merced á su brutal inocencia; pero ahora hombres y mujeres andan arropados con los vestidos que la solicitud y el trabajo de los misioneros les han proporcionado, y comen pan, producto del sudor de su rostro.



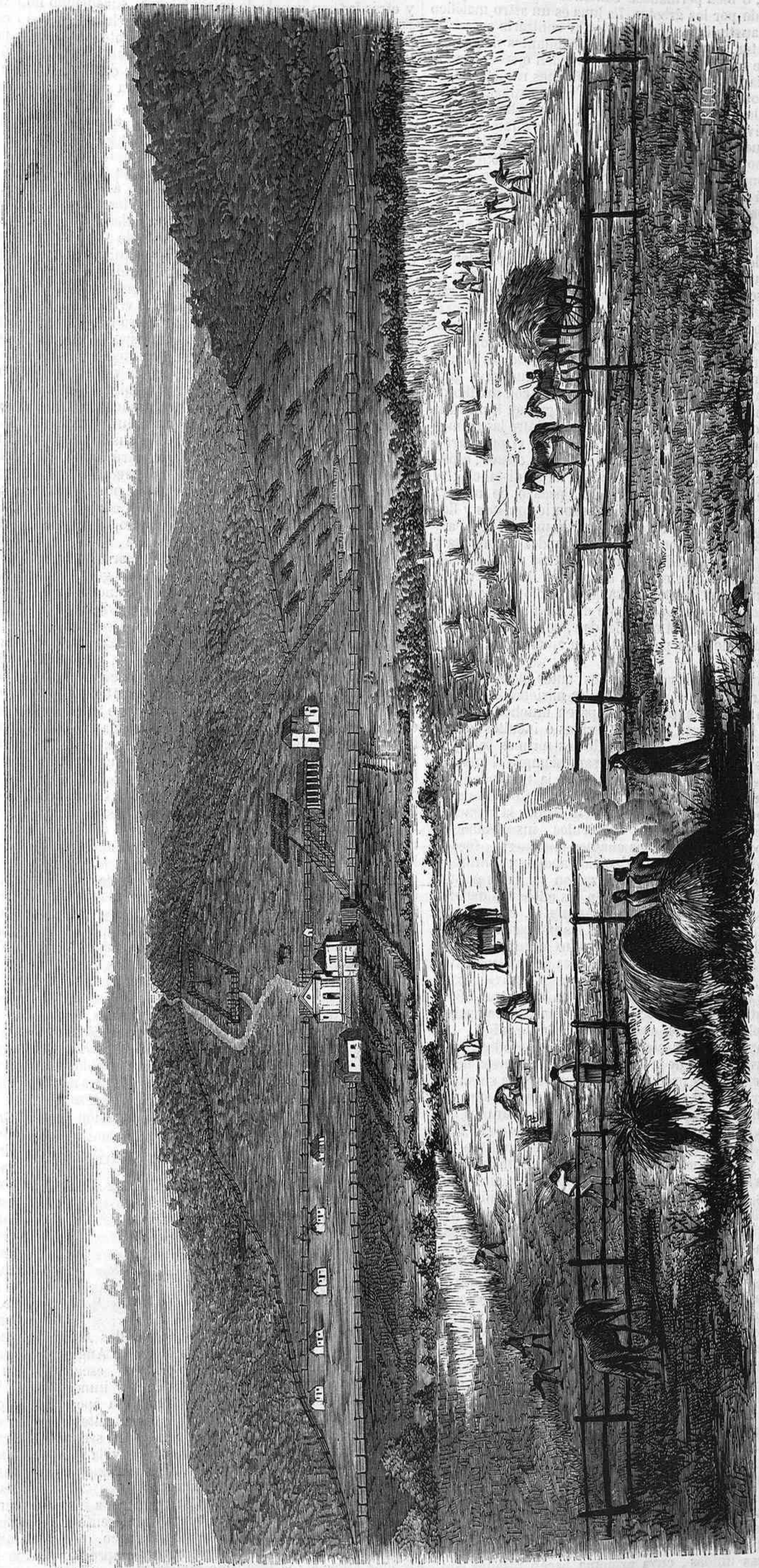
EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON FRAY ROSENDO SALVADO, OBISPO DE PUERTO-VICTORIA.

¡Cómo se burlaron del venerable obispo Salvado, todos los salvajes, cuando vieron que este hombre evangélico abría los primeros surcos en el país con un arado y sembraba por sí mismo los granos que debían convertir los terrenos yermos en preciosas praderas! ¡Considerábanle como loco y suponían que arrojaba al viento inútilmente las semillas que tanto debían multiplicarse! No tardaron en conocer cuánto se equivocaban. Al cabo de algún tiempo lo que antes no rendía utilidad alguna á los hombres, estaba convertido en numerosos campos todos cultivados. Allí no faltaba el trigo y toda clase de cereales, allí las legumbres y las frutas antes desconocidas, servían de succulenta comida á los salvajes, que regenerados ya con las aguas del bautismo, estaban pasmados de ver que cuatro europeos eran suficientes para levantar casas é iglesias, de ellos nunca presumidas, y para cambiar su vida nómada y miserable en una existencia tranquila, sosegada, y llena de gratas emociones, solo con dedicarse al santo y noble trabajo.

«Desapareció del todo (dice el ilustre Salvado, en las Memorias acerca de la Australia no ha mucho publicadas), la antipatía y el odio que se tenían entre sí las hordas de distintos puntos; de suerte que, libres del miedo que les inspiraban sus contrarios, eran nuestros salvajes portadores seguros cuanto diligentes de nuestras cartas á cualquier punto que fuese, aun cuando tuviesen que atravesar un espacio de mas de cien millas. Ya no huían al acercarse los europeos, reinando, al contrario, entre unos y otros la mejor armonía; de modo que en caso de necesidad prestábanse gustosos á servir de guía por entre los bosques: tan aficionados como eran antes á su vida nómada, ahora venían á pedirnos que les fabricásemos casas en que fijarse con sus familias cerca de nosotros. Labraban la tierra en nuestra compañía, y algunos se esmeraban en el cultivo y cuidado de su propio campo de trigo, fruto ya de sus sudores. Aquellos mismos hombres que antes no hubieran permitido á nadie que se llevase consigo á sus hijos, al presente nos los cedían con la mayor voluntad, y hasta nos los traían ellos mismos, obligándonos, por decirlo así, á que los tuviésemos en nuestra compañía. Ignorantes de toda cultura del entendimiento, al principio no sabían entender cómo por medio de una carta podíamos saber los pensamientos de otro que estaba lejos de nosotros; y despues viendo que sus hijos empezaban también á entender las cartas y libros que hablaban, nos suplicaban que les instruyésemos mas, y aun que les bautizásemos, como lo hicimos con muchos; mostrando en esto un extraordinario placer y satisfacción, no solo los padres sino tambien los mismos hijos. Era tanta la confianza que habían puesto en nosotros, que cuando sabían que debía partir para Europa algun misionero, disputábanse los muchachos sobre cuál de ellos seria el preferido para acompañarle en tan larga travesía, manifestándose los padres sumamente complacidos y satisfechos cuando eran sus hijos los elegidos y á no haber sucedido así, no hubiéramos podido llevarnos á Europa los cinco jóvenes que nos llevamos. En una palabra, aquellos hombres antes tan parecidos á los brutos, que ni llegaban á adorar una deidad cualquiera; ahora mas ó menos instruidos en los misterios de nuestra santa religion, doblaban gustosos la rodilla ante aquel Hombre-Dios que por ellos, lo mismo que por nosotros y por todos, había querido tomar carne humana, padecer y morir: ante aquel Dios que había derramado su sangre preciosísima así por nosotros civilizados europeos, como por aquella raza degradada y embrutecida. Servíanos en realidad de grandísimo consuelo el verlos asistir con bastante compostura y reverencia á nuestras funciones de iglesia y al santo sacrificio de la misa, al que llamaban en un principio nuestro *Jálaru* ó fiesta de baile.»

II.

Los salvajes de los alrededores de Nueva-Nursia, no adoran divinidad alguna, falsa ni verdadera, si bien creen en la existencia de un Ser Todopoderoso á quien dan el nombre de *Motogon*, y que suponen es alto, sabio, fuerte y de su mismo color. A este Ser se debe la creación de la tierra y de los astros, que lo creó todo *de un soplo*, y es para ellos el autor de todo bien, así como su espíritu maligno es *Chienga*, que los molesta y



VISTA DE LA MISION ESPAÑOLA DE NUEVA-NURSIA, TAL COMO SE HALLABA EN DICIEMBRE DE 1860.

(SEGUN UN DIBUJO REMITIDO POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR SALVADO.)

persigue en todas partes. Crean además los australianos en la inmortalidad del alma, pero con la circunstancia de que al morir el hombre, ó bien pasa al cuerpo de otra criatura, ó bien permanece cantando tristemente y revoloteando por los árboles. La luna es un astro maléfico para los australianos, y el sol es al contrario su amigo y protector. Suponen además los habitantes de la Australia que sobre su vida y muerte pueden ejercer grande influencia los *bollias* ó brujos, á quienes respetan y temen, y otra de sus supersticiones mas arraigadas consiste en la creencia de que dentro de los charcos y lagunas viven grandes serpientes que devoran á cualquiera que se atreva á acercarse ó andar de noche.

Pero no se crea que estas y otras supersticiones, que los misioneros procuran desarraigar poco á poco, constituyan á los australianos en unos pueblos degradados en la moral y envilecidos por sucias y torpes costumbres. La deshonra de sus mujeres es para ellos tal afrenta que no se paga sino con la vida, y á pesar de su estado de desnudez salvaje, jamás los vicios que se deplo- ran en Europa han logrado atraerse víctimas.

La descripción de sus adornos, de sus fajas y brazale- tes, de sus capas y zurrones, y del modo de pintarse el cuerpo, sería tan nueva como interesante para nues- tros lectores, pero nos obligaría á estendernos sobrema- nera, por lo que solo daremos breve idea de sus armas, cuya forma se reproduce con suma exactitud en el gra- bado adjunto. Constrúyenlas todas solo con auxilio de una hacha de piedra, y las destinan segun su forma á la ofensa ó defensa durante sus combates. Entre las prime- ras se cuentan el *cochio* ó maza de armas; el *mangart* ó *tabba* que equivale á nuestro cuchillo; el *dáuac*, espe- cie de barra que lanzan á veces á larga distancia; el *guichi*, especie de lanza; el *miro*, pedazo de madera de forma oval con cuyo auxilio lanzan los *guichis* y fle- chas; el *calé*, semicírculo tambien de madera, que ar- rojan dando vueltas en el aire con rapidez asombrosa y produce graves heridas. Para defenderse usan, en fin, los australianos una especie de escudo llamado *unda*, que adornan con dientes de kangarú y colores blancos y encarnados, y la *uána*, garrote del uso principalmente de las mujeres, con el cual ofenden, se defienden y lle- van colgado de las espaldas todo su ajuar en las escur- siones y viajes.

La actividad de los australianos, antes indolentes, es ahora increíble con el ejemplo de los misioneros espa- ñoles. Basta decir que quizá no se pasen muchos años sin que todo lo que eran terrenos yermos ó incultos, estén poblados de caseríos, propios de los mismos salvajes, en quienes se ha despertado ya para siempre el amor al trabajo, el principio de propiedad y la utilidad de la vida social. Tan rápidos adelantos merecen nuestro sin- cero aplauso, y aun creemos debían llamar la atención del gobierno para que los obstáculos, insuperables á veces á las fuerzas de unos cuantos misioneros, fuesen vencidos de una vez con su decidido apoyo, y continua- se felizmente la obra de civilización en tan remotos países. Tanto mas notables serían los adelantos debidos á las misiones españolas de la Australia, cuanto que en otros puntos de aquellos países los indígenas van dis- minuyendo á medida que penetran los europeos. De la horda de Sydney que constaba de mas de cuatrocientas personas, solo quedaban en 1845 cuatro individuos, á saber, un hombre y tres mujeres; y en la Australia feliz hordas enteras de cuatrocientos salvajes han desapare- cido completamente en el solo espacio de diez años.

La naturaleza, por cierto, no dejó de prodigar sus dotes sobre el suelo de la Australia. Buena prueba de la importancia de los productos de su suelo y de su situa- ción geográfica, el cuidado con que una nación europea muy inteligente en negocios políticos y mercantiles, ha puesto de continuo en mantener sus colonias en la Aus- tralia. La Inglaterra, es quien ha establecido allí vastos emporios y ha engrandecido las ciudades fundadas por los que primero arribaron á sus costas. Sin embargo, preciso es confesar que sus adelantos en la civilización de los indígenas jamás han obtenido los brillantes re- sultados de las misiones españolas. Muy al contrario, puesto que perseguidos los infelices australianos por la población blanca, donde llegó á establecerse esta, y pri- vados de poder andar errantes con toda libertad al través de sus nativas selvas, se ven actualmente obligados á guarecerse entre los espesos matorrales y los mas inac- cesibles despeñaderos, que les ofrecen, si, un asilo tem- poral, pero raras veces la subsistencia. Solo las tribus que han tenido la dicha de ver establecidas en medio de sus bosques las misiones españolas, son las únicas que han podido vivir tranquilas, pasando de su estado sal- vaje al de una civilización si no enteramente culta, muy en camino para serlo, merced á los esfuerzos de los es- pañoles.

Porque los naturales de la Australia no son tampoco de estos entes incapaces de toda cultura. Su poesía, dice uno de los mas activos é inteligentes misioneros que hoy vive con ellos, como la poesía de un pueblo salvaje, es un conjunto de ideas espesadas en pocas palabras. Sus canciones, por lo tanto, consisten en algunas voces unidas, cuya armonía hacen resaltar con mayor énfasis cada vez que las repiten; en lo que llegan á ocuparse hasta una ó dos horas siempre con el mismo gusto, ó mas, si cabe, que al principio; y lo que á un europeo le fastidiaría á mas no poder, á los australia-

nos les dá unos trasportes de alegría y entusiasmo in- describibles. Algunas de sus poesías son improvisadas con motivo de algun suceso fausto ó funebre; otras son transmitidas con una especie de veneración tradicional, y otras les han venido de países lejanos, sucediendo no pocas veces que las primitivas palabras de la canción, ó por el decurso del tiempo, ó por lo remoto del lugar de donde proceden, son del todo desconocidas y susti- tuidas por otras; de suerte que solo queda de la canción el motivo musical. Cuando un salvaje va á visitar al- guno amigo que habite en un país lejano, vuelve de la visita llevando, entre otras novedades, alguna de las canciones que ha aprendido en el país de sus huéspedes. La música australiana tiene su parte bella y gra- ciosa, y su parte seria y grave. Un himno de guerra, que para nosotros no merecería tal nombre, á ellos le es- cita hasta ponerlos frenéticos; y como si les trasportase fuera de sí, los precipita furiosos á la pelea; y al con- trario los cantos tristes les conmueven de tal manera, que sus fisonomías, en especial la de las mujeres, toman un gesto verdaderamente lagrimoso. Si el tema de la música les convida á la caza ó al baile, entonces se ven moverse contentos y festivos y llenos de vivacidad.

«A la verdad, dice el mismo misionero que nos co- munica las anteriores noticias, es un espectáculo sor- prendente el ver durante la noche y en medio de aque- llas espesas selvas, brillar acá y acullá veinte y mas fuegos, que dan la idea de un campo militar. Ora se ven figuras de hombre que con una tea encendida en la mano pasan de un punto á otro; ora la luz de la llama deja ver al salvaje que está preparando sus armas, y á las mujeres que cosen las pieles de kangarú, ó arreglan la cena, ó se ocupan en algun otro que hacer. Oyese en toda la línea un discorde sonido de voces; pues el salva- je siempre canta. Canta si está tranquilo y alegre; canta si está de mal humor; canta hambriento ó sediento; canta cuando está saciado; en una palabra, canta siem- pre que se halla sentado en su hogar. Por esto se oye aquí una canción de baile, allí un himno de guerra, mas allá un canto histórico; en fin resuenan, como he dicho, los mas disonantes cantos hasta que concluidos los que- haceres, cesan aquellos y todos se ponen á cenar. Ter- minada la cena empiezan las relaciones históricas, con- tando las suyas propias ó las de sus pasados, y adornán- dolas con todas las flores de una imaginación virgen. Este es uno de los momentos mas placenteros de su vida; todos penden de la boca del que tiene la palabra, el cual generalmente pronuncia y acompaña sus pala- bras con gesticulaciones tan espresivas, que logra fijar la atención hasta del que no lo entiende. ¡Cuántas veces formando yo parte de estas inocentes reuniones, me hicieron los indígenas mil preguntas acerca de los usos de mi patria, los nombres de mis padres, y especialmen- te del de mi madre, de mis hermanos, y del motivo que me habia traído allí. Reíanse á carcajada tendida al con- tarles yo nuestras costumbres; pero cuando les decia cuál era el objeto de mi misión entre ellos, lo que pro- curaba hacerles comprender bien y con toda sencillez, me escuchaban con la mayor atención, no pestañeando ni casi volviendo el aliento, por no interrumpir la rela- ción de cosas para ellos tan nuevas como sublimes.»

Verdaderamente, repetimos, no todos los grandes he- chos se deben en nuestro siglo á los adelantos de las ciencias, á las combinaciones de la política y á la fuer- za de las armas. Españoles son como nosotros, los mi- sioneros que sufriendo todas las penalidades de los re- motos climas de la Australia, han llevado la civilización á las hordas salvajes que los habitan. Tan rápidos adel- antos merecen el aplauso y el apoyo de todas las nacio- nes cultas, y sobre todo de España, porque solo en honra de España recae el mérito de la abnegación y vir- tudes de sus piadosos misioneros.

FLORENCIO JANER.

## GALERIA ARTISTICA.

CRISTOBAL Y FRANCISCO PACHECO.

### I.

Hay una época en la historia de las Bellas Artes de España que es comparable con los siglos de Augusto y de Pericles. Una pléyada ilustre de pintores, escultores y poetas, la adornan con la riqueza de sus inmortales obras. Entre los nombres que figuran en esa época fe- liz, hay algunos que son familiares á los amantes de lo bello: otros que, sin rayar tan alto merecen ser cono- cidos aun en los detalles particulares de su vida íntima. ¡Privilegio envidiable del talento! La gloria que es su- perior á todas las recompensas humanas.

Entre los pintores con que se enorgullece la historia de las Bellas Artes de España, ocupan preferente lugar los nombres de Cristóbal y Francisco Pacheco.

La escuela española se ha distinguido siempre por un carácter especial: el idealismo sentimental y religioso. El es la fuente de que brota su inspiración, eminentemente nacional y profundamente católica. ¿Quién no se siente arrobado en mística contemplación al pararse ante un cuadro de Alonso Cano ó los Carduchos? ¿Quién

no se estasia en arrebatos celestiales cuando fija la vista en una gloria de Murillo? ¿A quién no aterra el enor- me pincel de Rivera, y la austera severidad de sus enigmáticos lienzos? ¿A quién no asombra la inmensa verdad de Zurbarán en su interpretación fiel del espíritu cenobítico?... Y, en esa serie inmensa de cuadros es- pañoles que llenan los museos, las galerías y los tem- plos, ¿á quién no pasma, entre su inmensa variedad, la que? Porque en todos ellos domina el sentimiento de la fe, viva, ardiente, sincera, como lo fue en aquellos siglos.

### II.

Quando los extranjeros hablan de la pintura española, la califican con una absurda ligereza. Sin negar el in- disputable mérito de los artistas, convierten en defectos en uno de ellos estas palabras que abandonamos al buen juicio de nuestros lectores: «Los tonos rojos, prodiga- perjudican al buen efecto de sus lienzos.» Refiérese esta crítica á *La Natividad*, una de las obras mas notables de Francisco Pacheco.

Pero, dejando aparte esa liviana apreciación, vengamos al objeto principal de este artículo.

Cristóbal Pacheco es un pintor distinguido, como saben todos los que han saludado siquiera las Bellas Artes españolas: pertenecía á la escuela de Madrid y fue uno de los retratistas mejores de su época. Vivía en el año de 1568 y se ignora la fecha de su muerte. Fue agasajado por todos los magnates de la corte, que solici- taban á porfía tenerlo en su casa; pero fieramente celoso de su libertad, rechazó siempre las mas seductoras ofertas. Vencido al fin por los ruegos del duque de Alba, consintió en habitar temporalmente su palacio; adorno- nólo con preciosas pinturas que consumió desgraciada- mente un incendio, y quedan solo de este excelente pin- tor algunos cuadros que se distinguen por su enérgico dibujo.

En la misma época (1571), nació en Sevilla el céle- bre Francisco Pacheco. Adornado por la naturaleza con un talento universal, era á un mismo tiempo pintor, literato y poeta. Publicó un buen tratado de pintura que tiene la circunstancia de estar escrito en prosa y verso. Fue su maestro Luis Fernandez, que fundó una escuela muy reputada en su tiempo, y aprovechó tanto bajo su dirección, que á los veinte y siete años de edad, era uno de los mas distinguidos pintores de España. En el gran catafalco levantado para las exequias de Felipe II pintó con general aplauso uno de sus inmensos lienzos. Poco despues tuvo á su cargo en el convento de la Mer- cede la ejecución de los seis grandes lienzos de la *Vida de San Raimundo*.

Ya en esta época habia adquirido celebridad y compa- rta con él sus triunfos el famoso Antonio Vazquez. Ambos rivales ejecutaron á porfía los seis grandes cuadros que quedan mencionados. Hácia esta época pintó tambien para el duque de Alcalá varios lienzos que representan la fábula de Dédalo é Icaro. Aquel magnate lo distinguía con una amistad cordial y recompensaba prodigamente sus trabajos; costumbre loable en aquella época de ar- tistas donde el genio encontraba poderosos Mecenas.

El célebre Céspedes era rival de Pacheco; pero no se cegaba por la ruin pasión de la envidia. Mas de una vez, estasiado de admiración, prodigó elogios á las creaciones de su émulo, haciendo notar la prodigiosa habilidad que desplegaba en sus magníficos escorzos.

Desde que Pacheco, abandonado á sí mismo, hubo agotado sus inspiraciones propias, concibió el proyecto de trasladarse á Madrid para estudiar á Carducho y el Greco. Cuando visitó á Toledo y Madrid, Pacheco era ya conocido por sus obras: algunas habian sostenido la comparación con las obras maestras de las dos célebres escuelas. Muy pronto estrechó amistad con los dos afa- mados pintores; frecuentó su taller, observó prolíjamente sus métodos y adquirió esa riqueza de idea que proporcionan la comparación y la práctica. Entonces habia llegado á la madurez de su genio.

De vuelta á Sevilla, abrió la célebre escuela en que se formaron Alfonso Coello y Velazquez; pintó, á ins- tancias de las monjas de Santa Isabel, *El Juicio final*, que es uno de sus mejores cuadros, y desplegó en él esa enérgica fecundidad que caracteriza principalmente su estilo.

Velazquez pidió á Pacheco la mano de su hija, que él otorgó con gusto á su predilecto discípulo, sin sospe- char que aquel enlace deseado seria para él un germen fecundo de disgustos. *El juicio final* habia hecho tan honda sensación que alejaba cualquiera idea de rivalidad enojosa. ¡Cómo habia de imaginar en el joven Velazquez los brillantes destinos que le preparaba la suerte! ¡Cosa rara, pero que se observa con frecuencia en el estudio atento de las debilidades humanas! Esos destinos, esa inmensa gloria del hijo no compensan las amarguras ni la humillación del artista. Esta humillación le parecia quizá mayor porque la sentia cerca de sí... en su propia casa. La gloria de Velazquez llegó á hacerse insoportable á Pacheco; y sin embargo... era su yerno y su discípulo.

A fines del año de 1623 fue llamado Velazquez á la

corte. Acompañóle en este viaje su suegro. Velazquez era un hombre de esquisita educacion social y literaria. Descendia en línea recta de la muy noble casa de Silva, y su talento corria parejas con sus modales. Este con-junto debió contribuir mucho á la brillante acogida que tuvo desde luego en la corte. El conde-duque de Olivares pagó con una pension el retrato que hoy admiramos en el Museo real de pinturas. El del cardenal Fonseca le proporcionó los honores de pintor de cámara de S. M. La fortuna y los honores llovian sobre el venturoso mancebo. Pacheco se veia solo y arrinconado: su orgullo padecía al verse pospuesto á su discípulo; esta circunstancia le servia de torcedor en vez de halagar sus sentencias paternas. El artista no se acostumbraba á la idea de reconocer un superior en el que le debía, como solia decir, su talento. Achaque comun de los profesores ancianos que nunca se inclinan ante los derechos del genio.

A la magnificencia y favor de Velazquez se unió para completar la desavenencia su amistad íntima con Rubens. Estos dos hombres estaban vaciados en un molde y se atraian por afinidades de educacion y gusto. Rubens hablaba siempre á Velazquez de Italia extasiándose con la descripción de sus maravillas artísticas. El pintor español concibió la idea de visitar á Roma, y este viaje lo acabó de separar de su suegro.

Pacheco volvió á Sevilla donde recobró su alegría. Recibió de sus compatriotas la mas lisonjera acogida, y reanudó el curso interrumpido de sus obras con un ardor igual al de sus primeros años. Pintó el *San Miguel*, una de sus mas bellas creaciones, que reúne todas las cualidades brillantes de su estilo; completó su magnífica colección de retratos en que figura el de Miguel de Cervantes Saavedra; adornó con sus lienzos las iglesias de Sevilla y Alcalá; hizo su propio retrato y otras varias obras estimables; pintó el *Nacimiento del Señor*, composición bella y bien ordenada; la *Virgen y el Niño Jesús*, de buen dibujo y admirable expresion; y en medio de sus numerosas ocupaciones, consigné el fruto de sus estudios sobre el arte en el *Tratado de la pintura* que escribió con la colaboracion de Céspedes, obra elemental que puede compararse al *Arte poética de Horacio*.

Pacheco era muy aficionado á la poesía que cultivaba en sus ratos de ocio. Publicó las de su amigo Francisco Herrera con un excelente retrato del autor en la portada. Murió en Sevilla en 1634 y tuvo el honor de ser cantado por el príncipe de nuestros poetas.

RICARDO DE FEDERICO.

## VALENCIA.

SAN PIO V (\*).

Cuando un viajero pasea las regiones del Norte, alumbradas por un cielo plomizo ó ceniciento, y descubre en lozanía una ciudad cualquiera, si al través de la bruma divisa cúpulas y campanarios ennegrecidos, flechas dentelladas y masas de edificios de tintas opacas y sombrías, en medio de la tristeza que el luto de la naturaleza le inspira, siente sin embargo un no sé qué, que le place y acaricia: este no sé qué es sin duda la armonía que reina entre el cielo y la tierra, entre la creación de Dios y la obra del hombre. Pero si casualmente hiere sus ojos una *villa italiana*, blanca y coqueta, dejada caer entre las hayas y pinabets; entre las escarbas y hielos, como una delicada flor en un impuro lodazal, un sentimiento de repugnancia instintiva le hace volver á otra parte la cabeza, y casi desear que aquello no estuviese allí. Por un efecto contrario, parece que se repelen mutuamente un sol brillante y limpio, una atmósfera trasparente y azul, un campo verde y rosa, palmeras, algarrobos y naranjos; y arruinadas ojivas, vetustos paredones, carcomidos castillos feudales, torreones macizos de aspecto severo y melancólico.

Valencia es una de las poblaciones meridionales, donde mas armonizado se halla el cuadro atmosférico, con el vegetal y monumental. Su lienzo panorámico se despliega risueño y agasajador. Los pocos restos que viven en ella del siglo gótico y del renacimiento, y que (de paso sea dicho) son apreciados y tenidos en lo que valen, no hacen chillar el conjunto, y con tanta gracia se destaca sobre su cielo de ultramar la masa sólida del Miguelete, como el delgado y elegante prisma del campanario de Santa Catalina.

Sin duda para crear contraste con el palacio del Real, que ya no existe, y el convento de monjas de la Trinidad; como si dijéramos, para enlazar con un eslabon de filigrana dos joyas de oro macizo, brotó aquel jarambo el colegio de San Pio V, hoy dia hospital militar. Desarróllase su hermoso frontispicio en la amenísima margen del Turia, y en su orilla izquierda, á distancia algo desigual de los puentes de la Trinidad y del Real. Ha tambien su nombre á la calle ó arrabal de pocas casas unidas á la bonita iglesia, que formando cuerpo con el resto de la fábrica, lo era del colegio primitivo. Si el ojo severo del artista no halla exento de mácula

el conjunto, lo indudable es que la vista descansa agradablemente en aquella airosa y elegante fachada abierta al Mediodia, que se mira orgullosamente retratada en la corriente del Turia, ostentando sus dos hermosos torreones laterales, que se elevan casi á doble altura del resto del edificio, y cuya decoracion, sin tocar en la exageracion churrigueresca, y fatal gusto barroco, embelece sin recargar, y esparce con profusion no mal entendida sus delicadas labores en cornisas, canes, almohadillados, pomos, pirámides y demás refinamientos del arte.

La iglesia, cuyo frontispicio queda retirado entre el torreón occidental y las casas del arrabal, presenta dos cuerpos, el inferior dórico, y el superior jónico, sencillo y agradable; tiene la planta octógona, con un claustro que la rodea, y termina en una hermosa cúpula, á cuyo lado se halla un pequeño campanario. La arquitectura de la iglesia es corintia; pero sin adorno ni riqueza. Siguiendo la configuracion del área que es un trapecio, el edificio se estiende poco por Poniente; pero al Norte y Oriente se desarrolla en una vasta estension que comprende la mayor parte de las habitaciones, sin contar las que hacen frente al rio, y ocupan la fachada principal. Dichas habitaciones, no solo ocupan el piso bajo y los dos superiores hasta la prolongacion de los torreones laterales, sino que tambien invaden estos, formando otros dos pisos, con una pieza cuadrada en cada uno, abierta á los cuatro vientos. En suma el actual hospital militar de Valencia era digno de figurar en un escaparate; y aunque muy deteriorado por las varias vicisitudes porque ha pasado, y destinos que ha servido, entra aun hoy en el catálogo de los monumentos notables de Valencia, si no por su antigüedad y recuerdos históricos, por su belleza y esbeltez; merecedor en realidad de orlar la pintoresca orilla del Guadalaviar, como á un adios hechicero que le da, antes de dejarle ir á perderse en las olas del Mediterráneo.

En los dos últimos tercios del siglo XVII, Valencia, que ya poseia en su recinto y en el de sus arrabales crecido número de comunidades regulares de ambos sexos, vió aumentarse la lista de los establecimientos de este género por la devocion y celo de varios prelados, corporaciones y particulares, especialmente despues de la fundacion del Colegio del *Corpus Christi*, por el beato patriarca Juan de Ribera.

En 1640 los mercenarios abrieron el colegio de San Pedro Nolasco en la calle de Murviedro.

En 1643 las monjas agustinas fundaron otro bajo el título de la Presentacion, junto al Colegio de Nobles de San Pablo.

En 1648 los presbíteros del oratorio de San Felipe Neri levantaron un colegio, cuya fábrica suntuosa dirigió despues el célebre matemático padre Tosca, y de la cual solo queda su magnífica iglesia, convertida en parroquia de Santo Tomás.

En 1652 los trinitarios descalzos erigieron un convento á espaldas de la iglesia de Montesa, y San Jorge de Alfama, mas conocido por el Temple.

En 1661 las monjas franciscanas otro en el arrabal de Ruzafa, bajo la advocacion de la Virgen de los Angeles.

En 1682 los carmelitas descalzos otro titulado del *Corpus Christi*, no lejos de la puerta de Ruzafa; y en 1693 se trasladaron á otro nuevo estramuro, junto al Torreón de Santa Catalina, y frente á la antigua, y hoy cerrada Puerta de la Corona.

En 1687 don Juan Tomás de Rocabertí, arzobispo de Valencia, quiso tambien tomar parte en aquel certámen religioso-monacal, y poner su piedra en aquel vasto edificio. Fundó, pues, un colegio para moralistas, no escaseando en él los elementos de magnificencia, hermosura y comodidad, pues no fue otro que el que sirve de asunto al presente artículo. Ofreció su direccion á los padres dominicos, á cuya corporacion habia pertenecido antes de su elevacion al episcopado; pero ó porque ya poseian tres conventos en la ciudad, ó porque escaseasen de sujetos, ó por otra razon que ignoramos rehusaron encargarse del nuevo establecimiento; é igual repugnancia manifestaron los carmelitas calzados á quienes brindó con igual regalo. Por último, recurrió á los clérigos menores de San Francisco Caracciolo, que carecian de colegio en Valencia, los cuales aceptaron la invitacion, y se trasladaron de Castilla á habitar aquella linda y suntuosa morada. Allí permanecieron tranquilos por espacio de mas de un siglo, regentando sus estudios de moral, hasta que á principios del XIX se agregó el colegio de cadetes, y subsistió allí durante algunos años.

Los trastornos políticos y la estincion de los institutos regulares envolvieron asimismo al citado colegio. Quedó cerrado y la iglesia abandonada ó convertida en almacén; hasta que sus circunstancias higiénicas, hermosa y ventilada posicion, y risueña perspectiva sugirieron la oportuna idea de transformarlo en hospital militar, como lo es al presente.

Por lo que toca á la iglesia, reparada convenientemente, se ha abierto al culto, con dos eclesiásticos que alternan en calidad de vicarios para la asistencia espiritual del barrio que lleva su nombre.

P. PEREZ.

## ANFION.

Anfion era un buen chico no agraviando lo presente: comia con muy buen diente, pensaba como un borrico y por supuesto era el fruto de su sistema de vida la felicidad cumplida que da Dios al que es muy bruto.

Mercurio, que entre sus raras maneras de entretenerse tenia la de meterse en camisa de once varas, le creyó un genio robusto; y aunque parece mentira, le enseñó á tocar la lira que el oírle daba gusto.

Todo iba bien; pero cata que oyendo á Anfion Apolo dijo para sí:—«¿Este bolo me ha de echar á mí la pata? ¡Mala centella me tronche si no mato al tonto este!» Y á Anfion mando una peste que se le llevó el demonche.

De gloria soy ambicioso, pero en mi anhelo profundo de vivir en este mundo ni envidiado ni envidioso, Mercurio, si á mí me dices:—«Aprende á tocar la lira», te respondo al punto:—«Mira, tócate tú las narices.»

ANTONIO DE TRUEBA.

## DE PATAS EN EL INFIERNO.

### IV.

Cuando el narrador es hombre de buen criterio, no incurre en el anacronismo y la impropiedad de narrar con los modismos de lenguaje del siglo XIX sucesos del siglo XI porque ¡donde hay cosa mas impropia y mas ridícula que, por ejemplo, hacer que Rodrigo Diaz de Vivar declare su amor á Jimena en estos términos:—«Señorita, desde que tuve la dicha de verla á usted en el café, arde en mi corazón todo el fuego de los fósforos de Cascante y de las locomotoras del ferrocarril del Norte. Dígame V. que quiere ser mi novia porque si usted me da calabazas, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo.»

El vulgo en sus narraciones incurre sin el menor escrúpulo en estos anacronismos y estas impropiedades por dos motivos, primero, porque no sabe narrar de otro modo y segundo porque al ver á los que se tienen por maestros en el arte de narrar poner el vos en boca de los castellanos del siglo XIX se cree autorizado á poner el usted en boca de los castellanos del siglo XI.

El vulgo del valle donde pasó lo que voy contando me refirió lo que le pasó á don Mateo así que cerró el ojo y lo voy á contar en los mismos términos que me lo contaron para que se vea hasta donde es capaz de llegar el vulgo en punto á anacronismos é impropiedades de lenguaje.

¡Silencio, que va á hablar el vulgo!

¿Y á dónde me voy yo ahora? se preguntó á sí mismo don Mateo así que estiró la pata. Me voy al cielo porque ¿á donde mejor que al cielo podemos irnos los muertos?

Como lo dijo lo hizo: hala, hala, cruzando áridos desiertos erizados de espinas y rocas y precipicios, llegó á las puertas del cielo.

Vió que habia un letrado que decia: «Nadie pase sin permiso del portero;» pero no hizo caso del letrado porque acostumbrado á este mundo, donde todo pasa, creyó que allí sucederia lo mismo.

—¡Eh!, caballero, ¿á donde se va? le preguntó un viejo que tenia una enorme calva y en la mano un manojo de llaves.

—A ver á S. M., contestó don Mateo.

—¡Pues me gusta la franqueza como hay Dios! ¿No ha visto usted ese letrado que hay en la portería?

—Hombre, déjeme usted de letrados, que esos los hay en todas y son como la carabina de Ambrosio...

—Pero es porque los porteros no cumplen con su obligacion.

—Si cumplieran, otro gallo les cantaria.

—¿Qué está usted ahí hablando de gallo, grandísimo insolente? exclamó el viejo herido al parecer donde mas le dolia.

Don Mateo que naturalmente tenia prisa de entrar, vió que por malas no iba á conseguir el pase del portero y se decidió á mudar de tono.

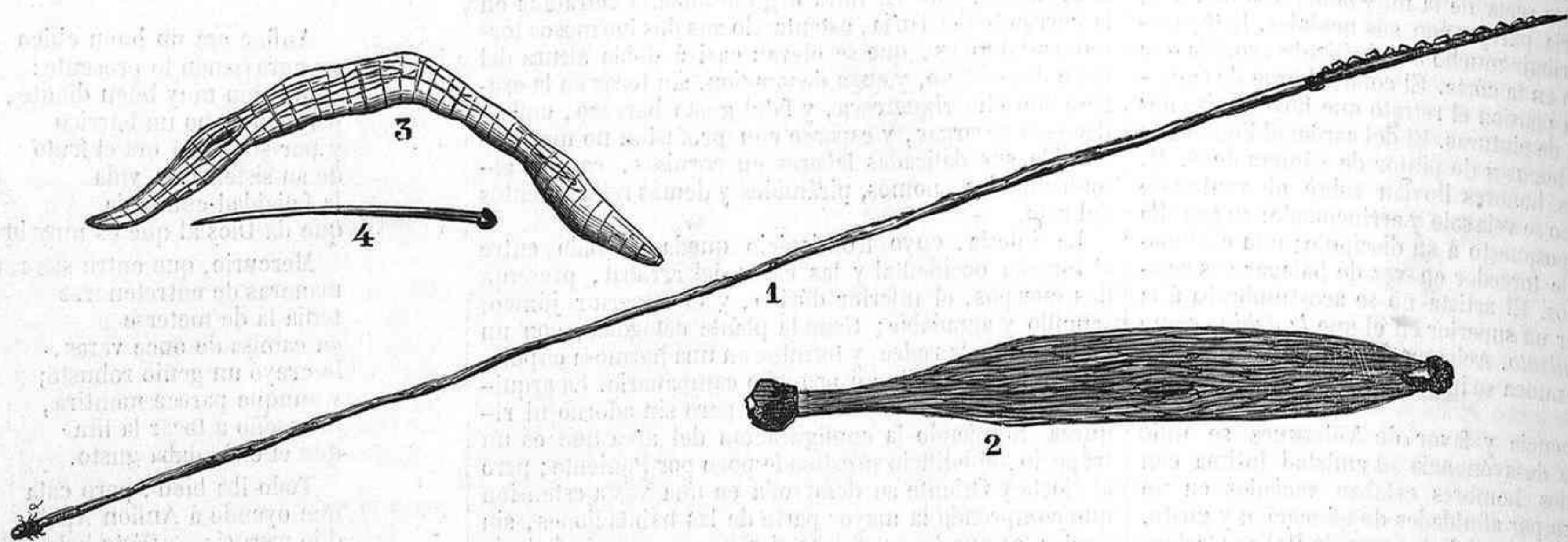
—Hombre, perdone usted si le he ofendido.

—Es que no andemos con indirectas porque no las tolero.

—Y hace usted perfectamente. Me gusta usted porque

(\*) Véase el grabado del número anterior.

ARMAS Y UTENSILIO DE LOS AUSTRALIANOS.



1 GUICHÍ.—2 MIRO.—3 CALÉ.—4 HUESO NASAL.

sabe cumplir con su obligacion. Conque diga usted, ¿está S. M.?

—Si señor que está.  
 —No se parece usted á otros porteros que niegan á Cristo padre...  
 —Dale bola con las indirectas!  
 —Dispense usted...  
 —Dispensé, pero ya no dispenso.  
 —¡Caramba que geniecillo tiene usted! Vamos hombre, eche usted un cigarro y seamos amigos.  
 Y don Mateo, sacando de la petaca un magnífico ve-guero, se le alargó al viejo, que, aunque no fumaba, le tomó por no hacer un desaire.  
 —¿Conque desea usted ver á S. M.? le preguntó el portero en tono ya mas amable.  
 —Si usted me lo permite...  
 —Vamos, pasará recado á S. M., aunque de seguro me vale una buena peluca.  
 —Falta le hace á usted, murmuró por lo bajo don Mateo.  
 —¿Cómo es su gracia de usted?  
 —Dé usted esta tarjeta.  
 —Hombre, dijo el portero leyendo la tarjeta, es usted tocayo de un compañero que yo tuve y que por mas señas era escritor público. Aunque no sea mas que por eso, le voy á servir á usted.  
 El portero entró, y salió pasado un instante.  
 —Trabajillo me ha costado conseguir que S. M. le

reciba á usted tan temprano; pero al fin me ha dicho que le deje á usted pasar.  
 —Ea, muchas gracias, y ahí va otro cigarrillo para despues de comer.  
 —El portero abrió la mampara y don Mateo se coló dentro.  
 Quedóse don Mateo un poco cortado al llegar á la presencia de S. M.; pero al ver que S. M. era la bondad suma, recobró aliento.  
 —Señor, dijo, yo venia...  
 —A pedir un rinconcito por aquí ¿no es verdad?  
 —Justamente, señor.  
 —¡Ya! ¡Como tonto!  
 —Señor, ¡á qué está uno!  
 —De buena gana te le concederia, porque casi casi le mereces; pero antes tienes que llenar un requisito.  
 —¿Cuál, señor?  
 —El de pasar un par de dias en el purgatorio.  
 —¿Pues qué delito he cometido yo para eso?  
 —Has tenido entretenida mas de medio año á una muchacha honrada.  
 —Pero ha sido con buena intencion.  
 —Es que si hubiera sido con mala, irias al infierno como un señor.  
 —¿Y no habria medio de echar tierra á ese pecadillo?  
 —Aquí no se echa tierra á nada. ¿Te parece á tí que aquí hacemos lo que por allá?  
 —Bien, señor, me resignaré á sufrir la pena.

—Para que veas que te estimo y que tengo en cuenta tus buenas obras, te voy á evitar el bochorno de ir de justicia en justicia como van otros.  
 —Dios se lo pague á V. M.  
 —¿Me das tu palabra de honor de ir via recta á tu destino?  
 —Sí, señor.  
 —Ea, pues andando.  
 —Quede V. M. con Dios.  
 —Anda con Dios, hombre.

V.

Apenas salió don Mateo del cielo, encontró á uno de su pueblo, que habia muerto hacia seis dias, y á quien él creia dentro, pues todos le tuvieron siempre por un santo.  
 El vecino venia muy alegre.  
 —¿Usted por aquí! exclamó don Mateo asombrado. ¿De dónde se viene?  
 —Del purgatorio.  
 —¿Y cómo le han dejado á usted salir?  
 —Porque he cumplido y llevo ya aquí la absoluta, contestó el vecino indicándole el canuto de hojalata que llevaba al cuello pendiente de una cinta.  
 —Poco tiempo ha estado usted por allá.  
 —¿Poco tiempo dice usted?  
 —Seis dias lo mas.  
 —Seis mil años lo menos.  
 —¡Sopla! dijo para sí don Mateo horrorizado. Cuando seis dias se le han hecho á este seis mil años, floja chamusquina habrá por allá!  
 Y siguió su camino.

Apenas anduvo algunos pasos, se encontró en un sitio verdaderamente extraordinario: era un campo rodeado de árboles y flores; pero allí todo era vago, indeciso, dudoso, lo mismo la luz que las flores y los árboles.  
 La luz era triste, las flores inodoras é incoloras y los árboles no daban sombra ni fruto.  
 El sol no calentaba allí; las fuentes no aplacaban la sed, y á pesar de ser claras no reproducian los objetos en sus ondas.  
 Multitud de niños vagaban en aquel campo, ni tristes ni alegres. Don Mateo los acarició, y ellos, si no rehusaron sus caricias, tampoco dieron muestras de placer al recibirlas. Don Mateo les dió cuartos para jugar y los recibieron con indiferencia; les echó naranjas á rodar y las cogieron indiferentes tambien.  
 —¿Qué criaturas tan singulares estas! dijo para sí don Mateo. ¿Ni en el cuerpo ni en el alma sienten calor ni frio! ¡Están como los niños del Limbo!  
 Nuestro viajero trató de continuar su camino, y dirigió la vista al paisaje que tenia delante. Dos caminos distintos partian desde aquel campo, siguiendo el fondo de dos distintos valles.  
 Ambos valles eran hermosos; pero sobre todo el de la izquierda era un paraíso terrenal.  
 —¿Cuál de estos caminos, dijo don Mateo, será el del purgatorio? Naturalmente lo será el mas florido, porque en el camino del purgatorio debe abundar la flor de la esperanza que es la reina de las flores, y en el del infierno no puede haberla. Sigamos, pues, el camino de la izquierda que es el mas florido.  
 Como lo dijo lo hizo.

(Se concluirá en el próximo número).

ANTONIO DE TRUERA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.  
 Diez y siete cuartos hacen media peseta.

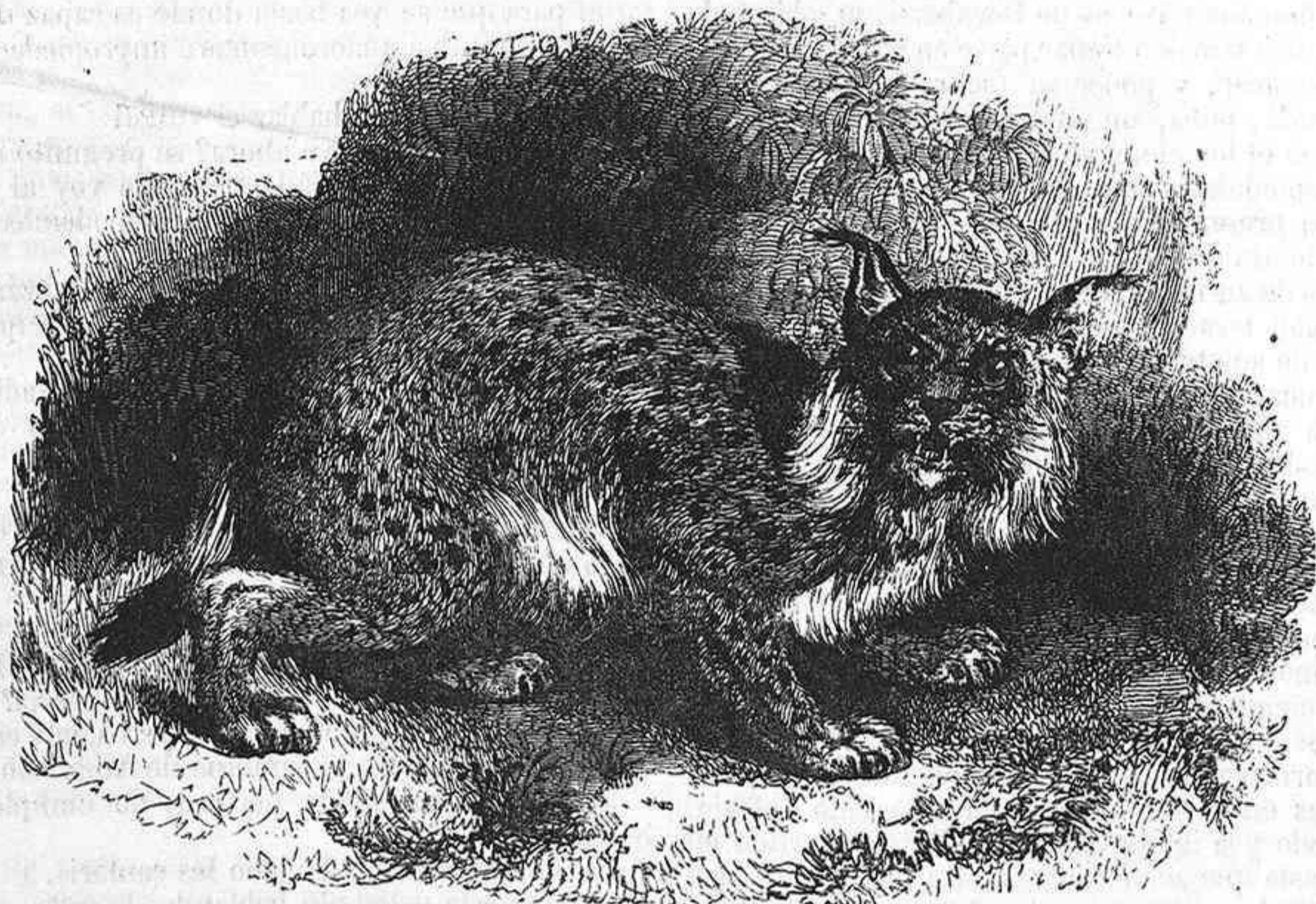
DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,  
 EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.

GASPAS Y ROIG, EDITORES.

BUFFON MODERNO,

ósposicion completa y sencilla de los Tres Reinos de la Naturaleza, al alcance de todas las inteligencias, obra escrita por los eminentes naturalistas Blanchard y Chenu, ilustrada con preciosas láminas iluminadas que representan cerca de 500 figuras de Zoología, Botánica y Mineralogía.



CONDICIONES DE LA SUSCRICION.—El *Buffon Moderno* formará un tomo de 90 á 100 entregas, con hermosas láminas iluminadas en papel superior y letra clara.  
 La entrega constará de un pliego de impresion de ocho páginas, una lámina iluminada y su cubierta de color. Cuando no haya lámina, la entrega constará de dos pliegos, y cuando no se den pliegos de impresion la entrega se compondrá de dos láminas.  
 Cada semana se repartirán dos entregas bajo una cubierta.  
 Precio de cada entrega: diez cuartos en Madrid y doce en las provincias, franco el porte.  
 La primera entrega se halla de muestra en los principales puntos de suscripcion.

consta palacio las cosas y asales se ve tanta con gante por e ron le de As racci Luisa Juan José Luz, María los D mude Loret ria d Buen ria de salia Cara